

Al cumplirse hoy el décimo noveno aniversario del comienzo de la traición franquista, nos encontramos ante un hecho y una promesa internacionales de alta significación histórica. El hecho es el Tratado de Paz con Austria. La promesa está en la reunión de los Jefes de Gobierno de las cuatro grandes potencias. El uno y la otra han tenido la más fervorosa acogida por los pueblos y por los hombres amantes del bien para todos. Franco y sus cómplices, que carecen en absoluto de moral política, acusaron muy pronto el golpe y el amago porque saben que la supervivencia de su régimen está ligada a la persistencia de la guerra fría. Fueron primero las declaraciones hechas por el dictador en el mes de mayo al periodista David Lawrence, conforme a las cuales no hay por qué buscar un acuerdo de convivencia con la U.R.S.S., muy inferior militarmente a las naciones occidentales, aun sin la bomba atómica, sobre todo desde que él se aproximó al bloque con su flamante democracia orgánica. Y fue después, ante el fracaso de aquel intento casi maquiavélico contra la nueva reunión de los cuatro grandes, cuando comenzaron a salir de Madrid noticias oficiosas que anunciaban la posibilidad de un próximo establecimiento de relaciones diplomáticas con Moscú y con Peppín, porque Franco, en vista del peligro "de un entendimiento entre Oriente y Occidente, no quiere verse diplomáticamente aislado".

He aquí un retrato moral de insuperable parecido. El hombre que proclamó un día gallardamente contra las democracias que ya no eran solo dos, Hitler y Mussolini, sino tres, Mussolini, Hitler y Franco, para matar y sepultar ese "régimen podrido", declara ahora sin rubor que está al lado de las democracias con todo su corazón y ofrece la "democracia orgánica" como prenda de cooperación y sinceridad. Y ese mismo hombre, que ha hecho de su vida política desde el poder un empeño tesonero para arrasar el comunismo internacional, empieza a realizar exploraciones muy cautas a fin de vincularse diplomáticamente -comercialmente ya lo está- al "repugnante comunismo ateo oriental", como antes se había preocupado, una vez caídos Hitler y Mussolini, de ligarse estrechamente con las "corrompidas democracias occidentales" porque le conviene su ayuda moral y porque tienen y prestan dinero. A tal impudor, que repugno siempre a las conciencias políticas honradas, se le ha puesto el apodo de "realismo". Para Franco y sus cómplices ese "realismo" consistió sencillamente en procurar subirse siempre a la trasera de la carroza del vencedor, según la frase insospechadamente profética de don Antonio Maura. A quienes hacían antes en política malabarismos de esa naturaleza no se les llamaba ciertamente "realistas". Pero hoy "las ciencias adelantan que es una barbaridad", afirmó hace muchos años otro profeta español.

Este juego burdo de la acomodación forzada a todas las situaciones políticas dominantes que vayan produciéndose en el mundo acabara inexorablemente por quebrar de manera estruendosa. Si los tanteos de aproximación entre los dos grandes bloques en pugna llegaran a plasmar felizmente en un clima de confianza y de respeto mutuos -resultado que anhelamos con el mayor fervor y con supremo desinterés, porque para nosotros esta muy por encima de nuestras conveniencias políticas la armonía universal-, entonces los unos y los otros se darían cuenta de que "el traidor no es menester siendo la traición pasada" y entrarían automáticamente en capilla todos los Francos camaleónicos que andan y mandan en el mundo de hoy, espiritual y moralmente enfermo. Nosotros tenemos una fe ciega en que así ocurrirán las cosas en nuestra patria porque creemos, que, una vez mas, después de la tiranía presente, reencarnará la libertad eterna. Y dentro del territorio nacional, legiones cada día mas densas y combativas, tienen esta misma fe y esta misma esperanza. Incluso la inmensa mayoría de los que incautamente siguieron las inspiraciones del "glorioso movimiento" porque les sedujo el halago de una retorica mas brillante que consistente, han acabado por abandonar las banderas a que se habían acogido y buscan nuevas posiciones ideológicas y practicas, todavía desorientados, pero firmemente convencidos de que el franquismo ha sido una colosal estafa, pues además de no haber resuelto ninguno de los crónicos problemas nacionales, ha creado otros de inusitada gravedad y muy difícil solución. Por ejemplo, el de la miseria espantosa en que se agosta y se agota el pueblo, horrible situación esta que ha tenido y tiene eco en pastorales cada vez mas mas frecuentes en las cuales se habla de la manera "infrahumana" -el calificativo fue empleado muy recientemente por el Arzobispo de Granada doctor García de Castro- en que viven "innumerables" familias.

Efectivamente, todos los ensayos políticos realizados por los Gobiernos franquistas han fracasado rotundamente. Al cabo de tantos años de esterilidad comienzan a reconocerlo y a confesarlo hasta los mismos actores de la trágica farsa. El profesor Calvo Serrer, propulsor de una supuesta tercera fuerza, habló en su famoso artículo de "Ecrits de Paris" del fracaso de todos los dirigentes sucesivos en el régimen que sojuzga a España, "falangistas de izquierda y demócratas-cristianos", y añadió que es fácil prever que el fracaso de esas dos fuerzas no puede conducir "mas que hacia la República". Claro que él encuentra todavía una posible salvación en que Franco permita el ascenso al Poder de la tercera fuerza que preconiza, medida que al cabo de dos años no ha tomado aun ni probablemente tomara. Esa tercera fuerza en reserva es substancialmente el "Opus Dei", clerical y antijesuitico, y su programa confesado se reduce a estas vaguedades: "Control de los gastos publicos y desconcentración administrativa, libertades económicas dirigidas hacia el bien común, fidelidad a una tradición que haga posible una evolución nacional homogénea, monarquía popular y representativa y acción internacional coordinada con las minorías culturales renovadoras". Evidentemente, estas promesas inconcretas no serán capaces de detener la marcha de España hacia la República que con tan aguda visión

ha percibido el profesor Calvo Serrer.

Todas las discrepancias actuales entre los partidos que apoyan el régimen franquista, y sobre todo las interesantísimas que existen en el seno de cada uno de ellos, giran en torno a este problema de futuro. Aunque algunos no lo confiesen todavía, ninguno ha dejado de darse cuenta de que el franquismo está agotado, sin gloria y con vilipendio, y buscan afanosamente la sustitución del régimen moribundo. Para nadie es un secreto que la fracción mayoritaria de Falange se ha declarado abiertamente republicana, aunque advirtiendo que su republicanismo no tiene nada que ver con el nuestro, y ni que decir tiene que nos ha hecho sonreír esta aclaración que no se les había pedido. En los medios universitarios, incluso entre catedráticos que obtuvieron sus puestos en la era franquista, gana por días terreno el ideal republicano, sin aclaraciones ni distinguos. Y por sabido se calla que esta convicción está hoy más arraigada que nunca en las grandes masas populares, en núcleos muy numerosos de la clase media, y hasta en ciertos sectores del Ejército y de la Iglesia.

Había, frente al franquismo, otra posición, al menos teórica: la monarquía, muy minoritaria en el interior del país, pero fuerte en ciertas cancillerías de Occidente. Esperamos que la vana ilusión monárquico-constitucional que respecto a España acariciaban destacados políticos europeos y americanos -¡algunos tan republicanos que para sus patrias no conciben más que la República!- se les habrá disipado por completo el día 24 del pasado mes de junio. Fue ese día cuando el periódico "ABC", de Madrid, publicó unas declaraciones de don Juan de Borbón en las cuales afirma que la Monarquía, para "conservar lo que costó tanta sangre y sacrificios", debe inspirarse en "los ideales del movimiento nacional". Hasta ahora se había estado resistiendo el hijo de don Alfonso a las sugerencias de ese tipo que le hacían Franco y sus cómplices. Pero al fin las ha aceptado categóricamente y ha hecho pública la aceptación de manera inequívoca. Queda así perfectamente despejado el campo de la política española. Nosotros habíamos sostenido siempre, y don Juan lo confirma, que para España el dilema es este: O continuación del franquismo o restablecimiento de la República. Estamos seguros de que en estos momentos opinarán lo mismo que nosotros aquellos políticos occidentales que de buena fe apoyaban la idea de la instauración en nuestra patria de una Monarquía constitucional por considerarla un mal menor. Hoy ya saben todos, menos los que se niegan a enterarse, que don Juan no quiere pedir al voto popular la constitucionalidad monárquica sino que acepta sustituir dictatorialmente al tirano para amparar los postulados del franquismo con la complicidad de la Monarquía. Franco se habrá hartado ya de reirse de ese pobre diablo que es don Juan, al cual hizo caer tan fácilmente en el cepo tendido para transformarle de aspirante a una Monarquía constitucional en candidato a monarca franquista, sin trono en el presente ni posibilidad de trono para el futuro. Porque repetimos que Franco no restablecerá la Monarquía borbónica, ni con don Juan ni con su hijo, ya que considera que para defender la jeringonza del movimiento nacional él es el me-

por rey posible.

Frente a todos estos indignos tratos y contratos de gabinete, que revelan tan solo el pánico que tienen a la opinión pública tanto los franquistas como los monárquicos, mantenemos los republicanos nuestros principios con dignidad y entereza inquebrantables. Continuamos fieles a la doctrina de la legitimidad de nuestras instituciones -y por eso seguimos sosteniéndolas en el exilio-, las cuales no fueron derrocadas por una insurgencia nacional sino por una archidemostrada conspiración internacional de todos los fascismos. A pesar de ello, y porque queremos que el pleito español se dirima pacíficamente, estamos dispuestos a aceptar, después del establecimiento de las libertades ciudadanas, una consulta electoral libre y garantizada para que sea el pueblo quien diga, con la limpieza con que lo dijo el 12 de abril de 1931, el régimen político que desea en sustitución del franquismo ya caducado y sin posibilidad de recuperación. "No contará jamás con nuestra aquiescencia, ni expresa ni tacita -afirmábamos en nuestra declaración Ministerial de 22 de Noviembre de 1951-, sino por el contrario, con nuestra mas terminante repulsa, cualquier intento de restablecer en España, previamente a una consulta nacional, un régimen que no sea el republicano, unico que merece es, justiciera reparación". Lo repetimos hoy con motivo del nuevo aniversario de la traición franquista. Queremos evitar que en España vuelva a correr la sangre y eso sólo puede conseguirse dándole al pueblo el cauce legal para satisfacer sus aspiraciones sin apelar a la violencia. De no hacerse así, y pronto, la responsabilidad de lo que pueda ocurrir en España no será nuestra.

Frente a todos estos indignos tratos y contratos de gabinete, que revelan tan solo el pánico que tienen a la opinión pública tanto los franquistas como los monárquicos, mantenemos los republicanos nuestros principios con dignidad y entereza inquebrantables. Continuamos fieles a la doctrina de la legitimidad de nuestras instituciones -y por eso seguimos sosteniéndolas en el exilio-, las cuales no fueron derrocadas por una insurgencia nacional sino por una archidemostrada conspiración internacional de todos los fascismos. A pesar de ello, y porque queremos que el pleito español se dirima pacíficamente, estamos dispuestos a aceptar, después del establecimiento de las libertades ciudadanas, una consulta electoral libre y garantizada para que sea el pueblo quien diga, con la limpieza con que lo dijo el 12 de abril de 1931, el régimen político que desea en sustitución del franquismo ya caducado y sin posibilidad de recuperación. "No contará jamás con nuestra aquiescencia, ni expresa ni tacita -afirmábamos en nuestra declaración Ministerial de 22 de Noviembre de 1951-, sino por el contrario, con nuestra mas terminante repulsa, cualquier intento de restablecer en España, previamente a una consulta nacional, un régimen que no sea el republicano, unico que merece es, justiciera reparación". Lo repetimos hoy con motivo del nuevo aniversario de la traición franquista. Queremos evitar que en España vuelva a correr la sangre y eso sólo puede conseguirse dándole al pueblo el cauce legal para satisfacer sus aspiraciones sin apelar a la violencia. De no hacerse así, y pronto, la responsabilidad de lo que pueda ocurrir en España no será nuestra.

México D.F., 17 de julio de 1955.